

Lluís Foix

Algo más que la deuda

Las devoluciones de la deuda han sido una constante en la historia de las muchas guerras entre países europeos. Francia y Alemania, por ejemplo, saldaron sus conflictos contemporáneos imponiendo insoportables cargas financieras al vencido o arrebataándose mutuamente los territorios de Alsacia y Lorena como ocurrió en la guerra francoprusiana de 1870-1871 o al término de la Gran Guerra, según se estipuló en el tratado de Versalles de 1919.

El año 1995, con una Alemania unificada por el impulso del canciller Helmut Kohl, se decidió devolver todas las deudas y sus respectivos intereses de los préstamos recibidos por Alemania en el periodo de entreguerras. El tema de las reparaciones, dijo el banquero que representaba el Tesoro americano en las negociaciones de París de 1919, fue el que causó más enfrentamientos entre los aliados. Cómo y cuánto debía pagar Alemania por haber provocado y perdido la Gran Guerra fue el tema más conflictivo.

Lo estudia con detalle Margaret MacMillan en su espléndido libro sobre cómo Francia, Estados Unidos y Gran Bretaña presionaron las negociaciones para firmar el tratado de Versalles que, curiosamente, no fue ratificado por el Congreso de Estados Unidos. El primer ministro británico David Lloyd George decía que si Alemania no puede pagar serán los contribuyentes británicos los que tendrán que hacerlo, por lo que lo más razonable es que paguen los que han causado los daños.

En 1945, Alemania quedó arrastrada, humillada y avergonzada. Perdió territorios al Este y volvió a quedar prácticamente inmovilizada por las deudas que no podía pagar. En la Conferencia de Londres de 1953 se decidió perdonar parte de la deuda alemana. El resto se fijaría en una cláusula de exportaciones que constituirían la pieza clave del que luego se llamó *el milagro económico alemán*. En ambos casos la acumulación de deudas impagables eran consecuencia de guerras perdidas.

La victoria de Tsipras en Grecia ha sido en parte una consecuencia de las deudas contraídas por los gobiernos de Atenas como consecuencia de los rescates ordena-

dos y ejecutados por la troika, compuesta por el FMI, la Comisión Europea y el Banco Central Europeo. Pero como esas entidades, al fin y al cabo, se reducen a unas siglas, al fin y al cabo, se ha personalizado en Angela Merkel toda la carga de la política de austeridad impuesta a Grecia, Portugal, Irlanda, España y también a Francia e Italia.

Es cierto que la austeridad lleva el sello alemán y de Angela Merkel. Pero es demasiado simple el interpretar los resultados de Grecia como una bofetada de los griegos a la Europa que les ha impuesto la austeridad. La situación es mucho más com-

venian de Atenas para establecer un cierto orden. Grecia representa un 2% del PIB de la Unión Europea. Importante, pero no decisivo.

Alexis Tsipras ha obtenido un gran resultado. Pero al día siguiente de su victoria ha pactado con Panos Kamenos para formar gobierno. Se trata de un partido escindido o expulsado de la Nueva Democracia de Samarás, conservador, nacionalista, xenófobo y euroescéptico. Pero sus 13 escaños evitan a Syriza mayores complicaciones para gobernar.

Europa ha advertido que no piensa pactar una quita con el nuevo gobierno de Atenas. Si Tsipras quiere establecer un pulso con Alemania y con Europa los griegos lo pasarán todavía peor. Pero si propone pactar la deuda con argumentos razonables, no habrá más remedio que escuchar y buscar una solución total o parcial. Lo que está claro es que ningún país del sur de Europa, Francia incluida, está en condiciones de devolver su deuda en esta generación. ¿Cuántas regularizaciones de deuda no llevó a cabo el FMI en América Latina en los años ochenta y noventa?

Pretender que lo ocurrido en Grecia el domingo tiene una importancia relativa para Europa sería una irresponsabilidad. Pero pienso que podría calificarse de quimera si los griegos piensan que han dado un giro a la historia de Europa.

Grecia tiene que entrar en la senda de la modernización, crecer económicamente, aplicar una política de impuestos obligatoria y equitativa. Decía Yannis Miliotis en una entrevista en El Confidencial que "las necesidades sociales han de ser más importantes que las de las corporaciones". Muy bien. Este profesor universitario marxista ha trabajado en el programa económico de Syriza. Su discurso rompedor comporta un desafío a la Unión Europea para que cambien los paradigmas. Las cosas no son tan fáciles ni tampoco tan rápidas. Hay problemas, sí. Y hay que buscar soluciones, también. Pero no unilateralmente.

Pero la realidad es que en dos meses habrá que acudir a los mercados para conseguir financiación. Es mejor un pacto que un desafío. Para Grecia y para Europa. ●



MESEQUIER

pleja y el caso griego es distinto al de otros países del sur de Europa que tienen mucho más que perder porque no se habían abandonado tanto a funcionar en un Estado que vivía en el seno de la Unión Europea sin modernizarse.

El PIB griego ha descendido un 25% en los últimos seis años. La fiscalidad ha sido un barniz inaceptable y prácticamente estaba fuera del control del Gobierno. La corrupción ha galopado con más pillaje proporcional que en Italia o en España. La salida de fondos griegos ha sido monumental mientras los agentes de la troika iban y

Jordi Llavina

Borrar el paisaje

Cómo silenciar la música / borrar el paisaje / desvestirse de abrazos", se pregunta Cristina Falcón Maldonado en su nuevo, estremecedor, poemario dedicado a la muerte y a la ausencia de un ser querido. Se titula como el segundo de los versos citados —el que tomé prestado para el título de mi artículo—, y recién apareció en Candaya.

Sigue el fin de nuestros días dando mucho que hablar. Resulta, se mire por donde se mire, un fenómeno demasiado importante —somos el ser para la muerte— como para que uno no lo tenga en cuenta (tanto más si uno, o una, es poeta): "La muerte puso de rodillas / hasta a los girasoles", escribe la también ilustradora venezolana, quien, a su vez, exige: "Mar de fondo / quédate donde estás".

Y esta es la riqueza de la poesía auténti-

ca: aun ahondando en lo más lúgubre, en lo irrevocable del destino, en lo huido de nuestro tiempo y lo azaroso de nuestra condición —en lo fatal, al decir del gran Rubén—, aun así, la poesía consuela y arma nuestro ánimo. Y lo hace, paradójicamente, con el recurso a la belleza. ¿Qué belleza? En el caso de la obra de Falcón, la de unas palabras —muy pocas, las mínimas, por cuanto todo, en su verso, se reduce a lo esencial— que consiguen darnos el mensaje y logran, todavía, que se nos quede grabada en la conciencia la imagen poderosa del símbolo que construyen.

Pongamos que nuestro ser se compone de cuerpo y alma (no vamos ahora a discutir lo que ya convinieron los filósofos antiguos). Entonces, la poeta describe algo que tiene que ver con el cuerpo para mostrar cuán desnuda o dolorida se encuen-

tra su alma. O, lo que es lo mismo, su conciencia. Y ahí está la mosca que "me recuerda que estoy sola. / Mi carne es un despojo / sobre el que frota sus patas". Algo más allá, el yo se convierte en "herida que picotea los pájaros". El libro, ciertamente, reflexiona sobre asuntos de amarga sustancia. Pero ¿cuánta compañía nos procura, y qué duradera nos resultará! Y eso porque "con la muerte a nadie / le salen las cuentas".

Acaso lo más meritorio de la obra es su ejemplar, deliberado, incumplimiento de lo expuesto en el hermoso título: desde el primer verso, la maravilla lírica no sólo no borra el paisaje, sino que se dedica a reconstruirlo severamente, con un lenguaje luminoso y certero, y unas metáforas perdurables. En ello consiste el inevitable escalofrío de la obra de arte. ●

Joaquín Luna



Tsipras, ¿y de mis 550 euros qué?

Entre el luto y la indignación, así escribo esta columna que no es dórica, jónica ni corintia sino barcelonesa, una aclaración pertinente porque tengo la sensación de que todo lo griego es estupendo pero siempre te acaba costando pasta, como los hijos adolescentes y las rubias unionistas.

Se van los mejores: ha muerto Demis Roussos (y ahora Joe Rigoli).

Grecia nos dio las palabras, la filosofía, Zorba y los estribillos de Demis, cuyo *Triki Triki mana mou* no se les hubiera ocurrido a los empalgosos de Abba ni en veinte siglos de socialdemocracia sueca. Hoy, todos somos Demis, gigante y faro de Rodas.

Dicho esto: quiero que me devuelvan mis 550 euros.

Grecia adeuda 26.000 millones de euros a España, según dijo, muy enfadado el lunes el señor González Pons en nombre del PP y en defensa *as usual* de los intereses de 47,2 millones de españoles, la mayoría de los cuales no podíamos imaginar ni hartos de vino semejante munificencia.

A mí me gustan las mujeres de Grecia y aún hoy —a buenas horas— dudo

Compartimos odiseas, Zorba y los estribillos de Demis..., pero nos deben 550 euros por español

entre Irene Papanas y Melina Mercouri para novia formal, pero no soy helenista, especialidad que se lleva mucho estos días. Desde que se calmó el proceso, no recuerdo semejante pasión ni extrapolaciones, algunas tan surrealistas como la de que si Tsipras pacta con unas fachas... Pablo Iglesias debería comerse su "yo nunca daría un abrazo ni a Mas ni a Rajoy"...

Antes de que acabe la semana helenica y nos olvidemos de Demis, Grecia, yo quiero lo mío (los 550 euros).

Sin prisas porque la cifra tampoco me sacaría de la austeridad pero al menos tener alguna esperanza, no sé, dos noches de hotel en Agios Nikolaos, una merienda en la terraza del Grande Bretagne de Atenas o una excursión a Olimpia y que de paso abran la cripta donde está el corazón de Pierre de Coubertin. Aunque no soy helenista, tampoco me gustaría ponerme en plan teutónico con los préstamos, los estereotipos y las exigencias.

Con los griegos deberíamos entendernos porque compartimos mar, odiseas y los estribillos de Demis. Nosotros, a diferencia de los calvinistas, podemos sentarnos a fumar, tomar café, mirar las estrellas bajo una hoja de parra y entendernos para que cuando puedan y les vaya bien nos devuelvan esos 26.000 millones de euros.

Podemos por las buenas y podemos por las malas. Los griegos son muy pillos y cuando no les interesa hablar de dinero, asunto muy feo entre amigos, hablan de los clásicos (los clásicos helenos), acervo que desmonta a los anglosajones. Y para clásicos, nosotros (los españoles). Si ellos tienen a Homero, nosotros tenemos a Góngora, que ya se tomó a guisa los amores trágicos de Leandro y Hero en los Dardanelos en el mismo "Quiero más una morcilla / que en el asador reviente / Y riase la gente".

Que nos conozcamos, vaya. ●